

Nacer en Cristo, nacer en humanidad

Convertirse en cristiano

«No nacemos cristianos, nos convertimos en cristianos¹». Este adagio de Tertuliano se combina bien con otro adagio, construido de manera idéntica más de un milenio después, por el humanista Erasmo: «No nacemos humanos, nos convertimos en humanos²».

El vínculo entre esta doble transformación es lo que quisiera explorar en este trabajo, teniendo en cuenta la dificultad de la fe cristiana actual para resultar humanamente creíble en el contexto occidental. Como dice Christoph Theobald, la tradición cristiana apenas alcanza a hacer valer «*su visión global del mundo* en sociedades que parecen regresar a formas de vida paganas y a sabidurías que existían en Occidente antes de que éste se hiciera cristiano³». Algunos autores hablan hoy de un «colapso» del mundo cristiano, particularmente del catolicismo⁴. «Hemos entrado, dice Dominique Colin, en una era de descristianización masiva en la medida en que la mayoría de nuestros contemporáneos ya no parecen entenderse dentro de la palabra cristiana⁵». Hubo un tiempo en el que «hacer los estudios de humanidades» estaba ligado al ser cristiano. Actualmente, este ya no es el caso. El hacerse humano no se cruza o no se cruza más con el hacerse cristiano. Aunque la Iglesia se diga «experta en humanidad⁶», ser cristiano ya no es más percibido como una garantía de humanidad ni mucho menos.

Para este contexto, nos es necesario repensar, teológica y pastoralmente, el vínculo existente entre nuestra condición humana y el mensaje cristiano. ¿Qué entendemos por humanización? ¿Cómo está ya en Cristo el hacerse humano? ¿Este hacerse humano nos abre a la escucha del Evangelio? ¿Cuáles son las condiciones favorables para ello? ¿Cómo ese transformarse en cristiano se aproxima al transformarse en humano? ¿Es para prolongar uno en el otro? ¿Para completarlo? ¿La conversión a Cristo contribuye a convertirse en humano? Y, además, concretamente,

¹ Tertuliano, *Apol.*, XVIII

² Erasmo, *De pueris instituendis*, 1519. *Cómo educar a los niños*, 1537.

³ Christoph Theobald, *Urgences pastorales, Comprendre, partager, réformer*, Bayard, Paris, 2017, p. 75

⁴ Guillaume Cuchet, *Comment notre monde a cessé d'être chrétien. Anatomie d'un effondrement*, Seuil, Paris, 2018. Cfr. también bajo la dirección de Anne Morelli y Jeffrey Tyssens, *Quand une religion se termine... Facteurs politiques et sociaux de la disparition des religions*, EME Editions, Louvain-la-Neuve, 2020, 306 p.

⁵ Dominique Colin, *Le christianisme n'existe pas encore*, Editions Savator, Paris, 2018, p. 12

⁶ Pablo VI, *Populorum Progressio*, 1967, 12

¿qué hacer? Son todas preguntas en las que los agentes de pastoral, al igual que todo cristiano y cristiana deseosos de compartir su fe, quieren reflexionar.

La humanización... ¿Qué decir de ella?

¿Qué es lo humano?

«Actualmente no se sabe, escribe Salvatore Curró. No se sabe si la esencia de lo humano viene dada o si es más bien algo a construir, si es que se puede todavía hablar de esencia. (...) No se sabe si nos dirigimos hacia un post-humanismo ni cuál sería ese humanismo a superar. Pero, más allá de ese desconocimiento, un llamado parece estar inscripto en nuestro corazón, en nuestra piel, en nuestra sensibilidad. Estamos llamados a ser humanos aunque no sepamos bien qué es lo humano⁷».

Si ya no existe hoy un consenso antropológico para definir lo humano, existe sin embargo un mandato de ser humano, de ser más humano. Este llamado a más humanidad no es tan obvio y la historia muestra que incluso puede sufrir sorprendentes reveses. La aventura humana no está a salvo de la barbarie. A pesar de estas incertidumbres, para comenzar con nuestra reflexión, convengamos en llamar humanización al movimiento por el cual el ser humano se esfuerza por responder, en su propia intimidad y como ciudadano, al llamado de la verdad, del bien y de la belleza. Dicho de otro modo, la humanización encuentra su lugar y su expresión en los ejes cognitivo, ético y estético. Es este el punto de vista que adoptaré.

Sobre el primer eje cognitivo –el eje del conocimiento y la búsqueda de la verdad- crecer en humanidad es, ante todo, ponerse a la escucha, ejercitarse en aprender y aumentar los conocimientos a través de la observación, la experimentación y el análisis. Es poner estos saberes al servicio de la construcción de la sociedad y sus proyectos. Es también reconocer que los conocimientos adquiridos, si verdaderamente progresan, son siempre construcciones sociales relativas que nunca se dan por terminadas y dan lugar incesantemente a nuevas preguntas. Es reconocer asimismo que los conocimientos por muy desarrollados que sean, no eliminan el misterio de la existencia misma. Que exista algo más que la nada, que nos descubramos vivos, que haya especies incontables, en un universo infinitamente complejo desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño, es un misterio que nos sumerge en un no saber radical y, en consecuencia, en una humildad a priori. No sería humano pretender que se puede poseer una mirada sobre nuestra existencia que desvelara el misterio.

Sobre el eje ético, crecer en humanidad es salir de la violencia y ejercitarse, al menos, en la regla de oro: reconocer al otro como su semejante, promover su libertad y su autonomía. “El hombre, escribe el filósofo Jean-François Malherbe, es un animal que se supone que debe cumplir su palabra a pedido de otros con los que en consecuencia es ineludiblemente interdependiente⁸”. Humanizar y humanizarse es poner los conocimientos y las competencias al servicio del bien común, de la justicia y de la paz y

⁷ Salvatore Currò, «La capacité humanisante de la catéchèse », in *Etre initié à l'heure des mutations anthropologiques* (J.Molinario, I.Morel, Dir), Cerf, 2018, p.177-178.

⁸ Jean-François Malherbe (avec Edouard Boné), *Engendrés par la science*, coll. «Recherches morales », Cerf, Paris, p.100

luchar sin descanso contra los poderes de destrucción. Se trata, por tanto, de afinar la conciencia para que esté más atenta a quienes son más frágiles o menos afortunados, de todas las edades, de todas las razas, de todos los géneros, de todas las culturas y naciones.

Sobre el eje estético, ser humano reside en el deseo de crear y embellecer la vida. La belleza desarma y pone en comunión. Humanizarse es dedicarse a las bellas artes sin duda, pero en un sentido más amplio es también rodearse de belleza, cuidar la naturaleza, el entorno personal y social. Es ejercer, como hábil artesano, toda técnica con rigor, precisión y creatividad. Hacerse humano es entonces darle sentido a la existencia y esforzarse, en la medida de lo posible, por hacer de la propia vida una obra.

Este llamado a devenir humano está presente, naturalmente, en el corazón del proceso de la fe cristiana. El llamado evangélico no está separado del llamado a una vida más humana. La conversión a Cristo y el llamado inscripto en lo humano van a la par. “Se trata de dos conversiones, escribe Salvatore Curró, que forman una unidad, pero sin confundirse. Una no va sin la otra. No hay conversión a Cristo sin la decisión de habitar un territorio verdaderamente humano, sin verdaderamente tomar en cuenta el propio ser⁹”. De allí el llamado a la solidaridad respecto de todo emprendimiento humanizante.

Aliarse con los buscadores de humanidad: “entrar en los sínodos de la existencia”

Como cristianos, embarcados junto a los otros seres humanos en la misma aventura, la primera cosa que tenemos que hacer es participar, en la medida de nuestras posibilidades, en la humanización, aliándonos con todos los buscadores y buscadoras de humanidad, escuchándolos¹⁰, aprendiendo de ellos, colaborando en obras y proyectos comunes. Es lo que recomienda con insistencia el papa Francisco:

“Os recomiendo también, de forma especial, la capacidad de diálogo y de encuentro. Dialogar no es negociar. Negociar es tratar de llevarse la propia “tajada” de la tarta común. No es eso lo que quiero decir. Sino que es buscar el bien común para todos. Discutir juntos, me atrevería a decir enfadarse juntos, pensar en soluciones mejores para todos (...) para construir junto con los demás la sociedad civil (...). Acordaos, además, de que el mejor modo para dialogar no es el de hablar y discutir, sino hacer algo juntos, construir juntos, hacer proyectos: no sólo entre católicos, sino juntamente con todos los que tienen buena voluntad¹¹”.

La perspectiva consiste en adoptar, en la sociedad, un estilo dialogal; también podríamos decir “sinodal¹²”. El nuevo *Directorio para la catequesis* no teme aplicar el concepto de sinodalidad a las relaciones entre la Iglesia y la sociedad; invita a las comunidades cristianas

⁹ Salvatore Curró, *Pour que la parole retentisse à nouveau. Considérations inactuelles de catéchétiques*. Coll. “Les fondamentaux », n°7, Lumen Vitae, Namur, 2016, p.109

¹⁰ Según el bello título de la obra de Albert DONDEYNE, *La foi écoute le monde*, Editions Universitaires, Paris, 1964.

¹¹ Discurso a los participantes del Vº Congreso de la Iglesia italiana, Florencia, 10 noviembre 2015.

¹² Σύνοδος : reunión de personas en camino.

a “entrar en los sínodos de la existencia¹³”. Ya no se está solamente en una Iglesia “en salida” sino en una Iglesia que interviene en los debates de sus contemporáneos. La apuesta es hacerse de amigos en el camino, desarrollar la amistad, practicar la hospitalidad, no con fines ocultos de proselitismo evangelizador sino porque la hospitalidad es un fin en sí misma por la cual la humanidad arriba a la semejanza con Dios y hace presente su Espíritu. Citemos una vez más al papa Francisco, advirtiéndole que él retoma las categorías de la verdad, el bien y la belleza: “Los creyentes nos sentimos cerca también de quienes, no reconociéndose parte de alguna tradición religiosa, buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza, que para nosotros tienen su máxima expresión y su fuente en Dios¹⁴”.

En estos caminos de humanización, los cristianos unidos a los buscadores de humanidad pueden recibir lo que el mundo les ofrece, pero también pueden ofrecerle y hacer valer el rico tesoro de humanidad de la tradición judeo-cristiana, incluso independientemente de la fe en Dios que los anima. El decálogo, por ejemplo, se nos presenta a todos como un camino de excelencia humana. El relato de las tentaciones de Jesús en el desierto (Lc 4, 1-15), nos marca las tres inclinaciones de inhumanidad de las que debemos desprendernos: no tener más hambre –ni otro objetivo– que el de comer y consumir; hundirse en la dominación y la violencia; creerse invulnerable, tomar la vida como un derecho o algo que nos es debido y no como un don; en otras palabras, considerarse a sí mismo como su propio padre. Todo esto sería diabólico, propiamente inhumano. El llamado evangélico empuja al deseo más allá: tener hambre y sed de justicia, vivir en fraternidad, reconocer que somos precedidos siempre por el don. Pensemos también en la proclamación de las bienaventuranzas evangélicas (Mt 5, 1-11) o también en las obras de misericordia (Mt 25, 31-40), etc. Estos son caminos de humanización abiertos a todos y todas, ya sea dentro de la fe de Cristo o independientemente de ella.

La humanización... Un camino auténtico de salvación

No es un requisito creer en Dios para ser humano y para humanizar. La fe en Dios puede ser una motivación suplementaria pero no es el paso obligado. Ello no impide a los creyentes sostener públicamente un discurso teológico sobre esta humanización. Teológicamente, como cristianos, podemos decir que la humanización es la continuación de la creación en la cual la humanidad participa. Lo sepamos o no, creamos en Dios o no¹⁵, la humanización responde al deseo creador de Dios. “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Hacerse a su semejanza es crecer en humanidad especialmente, como se ha dicho, sobre los ejes de la verdad, del bien y de lo bello. El Reino de Dios entonces se acerca, está entre nosotros. A este reino presente ya en el corazón de la creación está ligada una promesa: una promesa de salvación más original que el pecado original. Desde el Génesis, efectivamente, se le dijo a la serpiente, figura del mal: “Un día, el linaje de la mujer (la historia humana) te aplastará la cabeza, aunque tú herirás su talón” (Gn 3, 15). El horizonte de la creación es entonces la salvación a través de las vicisitudes de la historia a pesar de la muerte y del pecado

¹³ Consejo Pontificio para la nueva evangelización, *Directorio para la Catequesis*, Bayard, -Cerf Mame, Paris, 2020,324. Notemos aquí el desplazamiento del vocabulario. Ya no se trata de Iglesia “en salida” sino de “entrada” en los “sínodos y arcópagos del mundo”.

¹⁴ *Evangelii Gaudium*, 257. El papa Francisco encara aquí la humanización como la búsqueda sincera de lo verdadero, el bien y lo bello. Estas mismas categorías se retoman también en *Evangelii Gaudium*, 142 y 167.

¹⁵ En el plano ontológico, el nacimiento del hombre en humanidad y su salvación están desde el principio en Cristo. Este plano ontológico se distingue del plano pastoral al que le interesa el (re)conocimiento o no de los sujetos, a lo largo de la historia, de este fundamento en Cristo.

que la afectan duramente. Por “salvación” entendemos el nacimiento a la vida en abundancia prometida desde el origen de la creación. La salvación comprende en su conjunto la salud, el bienestar, la curación, el perdón, la reconciliación, la liberación del mal, la transición de la muerte y finalmente la vida eterna en el Reino futuro. Esta gracia de la salvación está incluida en el designio creador de Dios desde el origen y abarca a la humanidad entera. Dios nos ha creado mortales, es cierto; sin ello, ¿podríamos inventar nuestra vida, arriesgarla, darla y encontrarla en plenitud? Pero esta condición mortal permanece trabajada por la potencia creadora, restauradora y recreadora de Dios. Asimismo, los humanos no son seres vivos cuyo horizonte sea la muerte, sino seres mortales cuyo horizonte es la vida. La creación entera, en efecto, gime con dolores de parto; y lo que viene, lo que se puede esperar, no tiene comparación con lo que fue (Cf. Rm 8, 15-25). “Mientras dure la historia, la creación permanece inconclusa¹⁶”. Asimismo, la completitud de nuestra humanidad está aún por delante, por venir. Como dice la segunda carta de Pedro, “Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva donde habitará la justicia¹⁷”.

Para los cristianos, esta potencia creadora es trinitaria. La creación es también la obra del Hijo, el Verbo de Dios, “por quien todo fue hecho¹⁸”. “Todo fue hecho por él y sin él no se hizo nada de lo que existe” (Jn 1, 3). Nuestro nacimiento en humanidad es, por lo tanto, de entrada, crístico como el poder de salvación, de resurrección y de recreación que nos sobreviene en nuestra historia. Es inimaginable la resurrección, puede objetarse. No menos inimaginable ni menos sorprendente que nuestra primera creación. ¿Por qué el Dios que nos ha dado la vida no sería capaz de resucitarnos como al alba de la primera creación para una nueva creación? La promesa de salvación, por la gracia de Cristo, es parte integrante de la creación.

Esta manera de ver las cosas y de leer la historia evangeliza la mirada de los cristianos sobre el mundo y, particularmente, sobre el mundo actual. Para retomar una fórmula ignaciana, se trata de “encontrar a Dios” en toda obra de humanización y discernir el Reino de Dios que ya está presente en el mundo, pues como dice el papa Francisco, “la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia¹⁹”. Por el poder de Dios Trino, la salvación se ofrece plenamente a todos y todas según la promesa incluida en la creación misma, sin que haga falta pasar por la adhesión a la fe cristiana y la pertenencia histórica al cuerpo eclesial²⁰. Sin embargo, todavía permanece en la mentalidad de muchos cristianos la idea de que la salvación está unida a la confesión de fe cristiana como si, fuera de esta fe, no hubiera salvación o más aún, hubiera una salvación de menor calidad, como una suerte de compensación. ¿No sería entonces justo y oportuno repetir que la salvación se ofrece a todos, sin importar las estadísticas relativas al número de creyentes y su distribución en el mundo? Como dice Maurice Bellet, “El espacio crístico es más grande que el espacio cristiano. Comprendamos: en la historia de la humanidad y en la actualidad, lo que Jesús significa sobrepasa todo lo que los cristianos identifican como un bien propio²¹”. De este modo podemos reconocer sin ambages, como lo hace Pablo VI, varias vías de salvación: las vías que él llama “extraordinarias” y las vías “ordinarias²²”. Las primeras, las más frecuentadas, son las de las buenas obras: la práctica de las bienaventuranzas, las obras de misericordia (Cf Mt 25), la rectitud²³ que Dios puede discernir en el corazón de cada uno. Las segundas, las vías ordinarias, designan la pertenencia bautismal a la Iglesia y la confesión de fe explícita en Jesucristo, Señor y Salvador. Pablo VI invita a los

¹⁶ François Euvé, “Faire réussir la création” en *Etudes*, julio-agosto 2015, p. 71.

¹⁷ 2Pe 3, 13; cf. También Apoc. 21,1.

¹⁸ Símbolo de Nicea-Constantinopla.

¹⁹ Francisco, *Evangelii Gaudium*, 278.

²⁰ No hay salvación sin la Iglesia que es el cuerpo de Cristo, pero hay salvación por fuera de la Iglesia.

²¹ Maurice Bellet, *Le Messie crucifié. Scandale et folie*, Bayard, Paris, 2018, p. 149

²² Este vocabulario no es, sin duda, el más comprensible. La vía “ordinaria” es la que se inscribe en el orden sacramental. La vía “extraordinaria” no significa algo fuera de lo común. La vía no-bautismal es, en realidad, la más común y la más frecuentada.

²³ Cf. la intercesión por los difuntos en la plegaria eucarística, n° 3.

cristianos, en su misión evangelizadora, a profundizar en ellos el conocimiento de estas dos vías y meditarlo en oración: “No sería inútil, escribe, que cada cristiano y que cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio ²⁴”. Las puertas a la salvación, por lo tanto, están abiertas de diversas maneras para todos y todas. Pero se trata de la misma salvación. La Constitución Conciliar *Gaudium et Spes* lo dice con claridad y seguridad al igual que el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo por Dios conocida, se asocien a este misterio pascual ²⁵».

La evangelización no puede sino inscribirse en el reconocimiento de esta abundancia de la salvación y de la diversidad de sus vías. En consecuencia, conviene, sobre todo en los lugares donde los cristianos son o se han transformado en una minoría, promover entre ellos y en la sociedad en general un justo reconocimiento de la solidez teológica del camino de la salvación que no pasa por una pertenencia histórica a la Iglesia. Los cristianos se lamentan a veces de la dificultad que tiene el mundo contemporáneo para creer, del distanciamiento de muchos, sobre todo sus hijos, en relación a la confesión de fe cristiana. Esta dificultad no es un motivo de lamentación ya que se le otorga una solidez teológica a la humanización desde el momento en que constituye una auténtica vía de salvación. Esto no disminuye en nada el deber imperioso del anuncio evangélico, sino que lleva a formular la propuesta de la fe cristiana en un tono y un estilo que podríamos entonces llamar amable. Desearía subrayar esto ahora.

La fe cristiana, no-necesaria, salvadora, infinitamente preciosa

La fe cristiana nos es ni una necesidad para hacerse humano ni el paso obligado para entrar en el Reino de Dios. La buena voluntad de los seres humanos y la misericordia de Dios bastan para la salvación. Es lo que recordaba Paulo VI en su Exhortación *Evangelii Nuntiandi* citada anteriormente. Pero también, Paulo VI, en el mismo pasaje, señalaba el deber imperioso del anuncio evangélico: «Pero, ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza –lo que san Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio-, o por ideas falsas omitimos anunciarlo? ²⁶ » ¿Por qué, en efecto, seguir anunciando la Buena Nueva de la salvación si la humanización es por sí misma una vía de salvación? En principio, para honrar el derecho de todas las personas a escuchar y conocer esa Buena Nueva. Acto seguido, simplemente por caridad y por felicidad. Porque la fe cristiana, aunque no-necesaria para la vida y la salvación, para quien la oye y la profesa resulta infinitamente preciosa por lo que ella nos permite de reconocer, contemplar, vivir y celebrar juntos. En otras palabras, es la caridad y el deseo de compartir su alegría lo que empuja a los cristianos a anunciar la Buena Nueva de la salvación.

²⁴ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 1975, 80.

²⁵ GS 22 ; CEC 1260

²⁶ Pablo VI, EN 80

No para que el mundo sea salvado sino porque está salvado. La salvación, efectivamente, está en marcha para todos, pero oírla, conocerla, creer y transformarse en cristiano es como la perla fina y el tesoro escondido del que habla el Evangelio²⁷. La fe cristiana cambia verdaderamente las cosas, transforma la vida iluminándola con una nueva luz. Es como cuando el sol atraviesa las nubes y da un nuevo color a todas las cosas. Confesar la fe cristiana hace llegar la salvación a quienes la proclaman; la salvación, en efecto, toma forma al ser anunciada, incluso cuando las fuerzas del mal se desencadenen, el anuncio será como un grano, como una semilla plantada. La proclamación del Evangelio resulta, desde este punto de vista, siempre, radicalmente «saludable» e infinitamente preciosa para quienes la proclaman por lo que hace que suceda en su ya difícil existencia. Nos abre a una nueva comunión y a una alegría redoblada. De esto da testimonio la primera carta de Juan en sus primeros versículos: «Lo que hemos visto y oído del Verbo de vida os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro (vuestro) gozo sea completo²⁸. (1Jn 1,4)» Convertirse en cristiano, en este sentido, es reconocer en el devenir humano, con una alegría hasta entonces desconocida, la presencia de una bondad paternal incondicional, manifestada en Jesucristo, que abre la puerta a una nueva comunión filial y fraternal. Hemos recibido «gracia sobre gracia», dice el evangelio de Juan. Convertirse en cristiano entra en esta sobreabundancia de gracia, no necesaria, que viene a añadirse a la gracia de existir, que deseamos compartir benévolamente, por la comunión y la alegría.

En un contexto de post-cristiandad, proponer ser cristiano, suscitando el deseo.

Proponer el Evangelio es más que anunciarlo. Proponer la fe es ciertamente un paso suplementario en relación al anuncio pues invita explícitamente al otro a convertirse a Cristo, a «volverse» hacia él. Indudablemente, los cristianos hoy son demasiado tímidos para proponer explícitamente la fe a aquellos y aquellas que desean conocerla, que no la conocen o se han alejado de ella. Los espacios de esta propuesta pueden ser variados: las relaciones domésticas o de vecindad, el contexto litúrgico y de la predicación, el campo de los compromisos sociales, el ámbito cultural, etc.

En post-cristiandad, la propuesta de convertirse en cristiano es más difícil porque choca con el sentimiento de algo ya visto, obsoleto o aún de algo definitivamente superado. Es difícil volver atrás. ¿Es posible barajar de nuevo y proponer la fe cristiana de una manera que la haga nuevamente plausible, inspiradora y deseable? El acto de fe es eminentemente libre y personal, es el fruto de la gracia y de la libertad. No tenemos, de este modo, el «poder» de transmitir la fe. Pero al menos se pueden establecer las condiciones para que se dé la posibilidad. Es lo que dice con claridad el *Directorio Catequístico General* de 1971, cuando habla de la función de los catequistas, pero que se puede hacer extensivo a todo evangelizador. «El catequista debe industriarse para escoger y crear las condiciones más adecuadas para que el mensaje cristiano sea pedido, acogido y profundizado. Hasta aquí llega la tarea del catequista y aquí termina. En efecto, la adhesión al mensaje cristiano por parte del catequizando, que es fruto de la gracia y de la libertad, en último análisis no depende del catequista²⁹». Es decir que el testigo del evangelio está llamado a ser muy riguroso en el establecimiento de las condiciones favorables a la fe y, al mismo tiempo, a una feliz falta de dominio. No existe evangelización sin esta falta de control en relación a la evangelización misma. En materia de fe no estamos en un régimen de poder, de causalidad o de producción.

²⁷ Mt. 13, 44-46

²⁸ πληρόω :llenar. La forma verbal empleada en griego es un participio pasado pasivo: πεπληρωμένη.

²⁹ *Directorio Catequístico General*, 1971, 72.

Me parece que las condiciones favorables para la escucha de la Buena Nueva y la conversión a Cristo se sitúan al menos en tres niveles: primero, en el nivel del contenido de la fe misma y la relevancia que posee en la propia vida. En este primer nivel, para el testigo del Evangelio se trata de hacer valer el mensaje cristiano en tanto que ofrece un camino de humanización sobre los tres ejes de lo verdadero, el bien y lo bello como ya hemos dicho anteriormente. El nuevo *Directorio para la catequesis* recurre a estas mismas categorías cuando escribe: «El anuncio del resucitado, para alcanzar al corazón humano, debe resplandecer de bondad, de verdad y de belleza³⁰». El anuncio del Evangelio debe poder ser sentido como humanizante. El testigo del Evangelio debe dar muestra de inteligencia, no de proeza intelectual, sino al menos de poseer la capacidad de hacer comprensible el mensaje cristiano. No se trata de probarlo sino de mostrar que no es irracional creer en él. La fe cristiana, en efecto, no estará nunca al final de un razonamiento restrictivo; sin embargo, no carece de razón y deja pensar «Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza», leemos en la carta de Pedro (1Pe 3, 15). Hace falta la razón, pero también el corazón para hacer resonar lo inaudito, la bondad, la belleza de la Buena Noticia. Sabemos, por ejemplo, cuánto le importa a cada persona tener un lugar en la existencia donde sepa que es recibido y amado sin condiciones, por bondad, sin tener que pagar. El mensaje evangélico toca el corazón creando y dando acceso a este espacio: el mismo Dios, don gratuito, «gracia sobre gracia» derramadas en los corazones.

En un segundo nivel, las condiciones favorables para la escucha del mensaje cristiano residen en la calidad humana de la relación existente entre el testigo del evangelio y su interlocutor. Al llamado que hacía a los cristianos para que dieran cuenta de su esperanza, Pedro añadía «hacedlo con dulzura y respeto» (1Pe 3, 16). Esta benevolencia amorosa y respetuosa, expresiva de la gracia de Dios, se manifiesta hasta en el tono de los diálogos; un tono que concretamente deja entender la acogida incondicional unida al Evangelio, sin importar la respuesta que se reciba. El anuncio del Evangelio aúna así ligereza y gravedad: ligereza por la libertad que da, gravedad por las preguntas que plantea. La manera de anunciar el Evangelio –la entonación de la voz, las actitudes, los gestos, la mirada– puede sutilmente dejar traslucir la gracia ofrecida. Si nos referimos al campo léxico de la palabra «gracia», el estilo con gracia de la propuesta evangélica abarca todos los aspectos: la gratuidad (*gratis*), el perdón (*gracia*), el placer (*agradable, gracia*), la belleza (*gracioso*), el libre consentimiento (en francés: *gré*// en español podríamos usar la expresión *de buen grado*), el reconocimiento (*gratitud*), la dulzura y vulnerabilidad (*grácil*). La vida cristiana está llamada a honrar todos esos aspectos.

El tercer nivel de las condiciones que favorecen la aceptación del mensaje evangélico se refiere a su autenticación en y a través de la vida cristiana en Iglesia. La exigencia aquí es construir comunidades cristianas que, en sus relaciones de vida, su funcionamiento y sus instituciones, sean figuras del Evangelio. Aquella persona a la que se le propone el Evangelio debe poder verificar que la Iglesia se construye efectivamente en la igual dignidad de sus miembros, con un ejercicio del poder ajustado al servicio de todos para que todos puedan experimentar que ser cristiano en Iglesia es un auténtico camino de humanización. Es algo que está lejos todavía de ser evidente cuando vemos, por ejemplo, el predominio masivo de los hombres en el gobierno de la Iglesia. Será necesario que la Iglesia se oriente cuanto antes hacia una paridad hombres / mujeres, habida cuenta de su igual dignidad en los planos antropológico y teológico, en todas las asambleas deliberativas de la Iglesia en todos los niveles y que las

³⁰ *Directorio para la Catequesis*, 2020, 108. Recordemos que el papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (142 y 167) usa también las categorías de lo verdadero, lo bueno y lo bello para calificar la búsqueda de lo que es humano y evangélico.

normas canónicas sean modificadas en consecuencia. Es una cuestión de credibilidad para las generaciones futuras.

Desearía terminar mi reflexión con una metáfora. Entramos en la fe como se entra a una danza. No hace falta conocer teóricamente la historia, los movimientos, el ritmo o la dirección, sino que solamente se necesita, en un momento determinado, que se abra un espacio hospitalario que nos invite a ensayar un primer paso y a unirnos a la ronda. Es decir que devenir cristiano en el campo de devenir humano supone un ambiente acogedor, una calidad de relación y de diálogo, comunidades vivas, proyectos y acciones en curso, que despierten el deseo de entrar en el juego y ofrezcan concretamente la ocasión para seguir el paso.

Resumen:

La energía creadora y recreadora de Dios Trino que acompaña la historia abre a la humanidad una promesa de salvación más original que el pecado original. Nacer en humanidad, es nacer en Cristo con esta promesa. La humanización a la que podemos entender como una respuesta al llamado de la verdad, del bien y de la belleza, es por sí misma un camino de salvación, una puerta de entrada en el Reino de Dios. La pertenencia bautismal a la Iglesia y la confesión de fe explícita en Jesucristo no son las vías obligadas para gozar de la salvación. La rectitud humana y la misericordia de Dios son suficientes. La fe cristiana en Iglesia, aunque no es necesaria para la salvación, sin embargo, es infinitamente preciosa y radicalmente salvífica por todo lo que nos permite reconocer, vivir y celebrar. Es a través del amor y por la alegría que la Buena Noticia es anunciada a todos y que el convertirse en cristiano está propuesto dentro mismo del convertirse en humano. Los cristianos no tienen el poder de transmitir su fe, pero pueden cuidar las condiciones favorables que la hagan deseable. Podemos enunciar al menos tres: la inteligencia de la fe, la calidad de las relaciones entre el testigo y los destinatarios, la vida en Iglesia experimentada como humanizadora.

André Fossion, nacido en 1944, es belga, sacerdote, jesuita, doctor en teología. Fue profesor en el Centro Internacional de catequesis y pastoral Lumen Vitae del cual fue director de 1992 a 2002. Fue Presidente del Equipo Europeo de Catequesis de 1998 a 2006. También ha enseñado ciencias religiosas en la Universidad de Namur. Para su bibliografía, ver su entrada en Wikipedia.